

UNA HERMOSA HISTORIA DE AMOR.

Plática con jóvenes de la Escuela San Fernando
Ateos, 20 de Abril de 2016.-

Quiero contarle una historia y al final cada uno pueda sacar las lecciones que Dios mismo quiere darle a usted, y espero que le hable a través de esta triste y hermosa historia. Quiero contarle la historia de una joven que fracasó en el amor, pero que al final encontró al hombre que le dio Su Vida misma para que ella fuera feliz para siempre. Tal vez esta historia le parezca un cuento de hadas, y si así lo percibe, qué bueno, porque mi intención es contárselo de la mejor manera.

Esta era una joven como muy pocas aparecen en la vida, muy hermosa, y por qué no decirlo, era perfecta. Su belleza era tal que cualquiera que la veía podía reconocer y admirar su hermosura. Además, esta mujer vivía en un lugar paradisíaco, una tierra rodeada por dos grandes ríos, los cuales hacían que ese lugar fuera fructífero en extremo. El paisaje de aquella tierra siempre estaba rodeada del color verde, todos los cultivos se daban de una manera espectacular, igualmente los frutos eran sorprendentes. Ninguno de nosotros hemos podido contemplar tal hermosura, excepto en películas, pero haga lo posible por imaginarse estos parajes. La tierra no sólo era hermosa, sino aparte de todo era un lugar apacible, ahí no existía la violencia. Aquella joven creció feliz en ese lugar, pero pasaron los años, y un día le llegó el tiempo de enamorarse. Estando ella en el tiempo de ser amada, conoció al primer hombre, sin embargo, no era nada atractivo, él no concordaba con ella. Este hombre, aparte de no tener atractivo físico, fue un poco tosco y raro a la hora de manifestarle sus sentimientos, él le dijo que no le ofrecía dinero, ni propiedades, sino lo único que le ofrecía era su vida, pero le dijo que si ella aceptaba lo que él le daba, sería feliz por el resto de sus días. Como era de esperarse, ese prospecto no le pareció mucho a la joven, porque ni era tan atractivo físicamente, ni tenía un léxico tan especial que la enamorara. Al mismo tiempo apareció un joven totalmente diferente, un hombre hermoso en extremo, al punto que él opacaba la belleza de la joven. El joven parecía el "príncipe azul" que toda mujer desea, pero además de su buen aspecto físico, él era cautivante. Cada muchacha que miraba a aquel buen mozo caía derretida ante él, cualquier señorita perdía la compostura ante aquel galán. El joven también era alegre, generoso, bueno, cuerdo, agradable, etc. de manera que cuando esta muchacha lo conoció, ella quedó impactada y cautivada de él. Para fortuna de la señorita, el joven le propuso matrimonio, sólo que a diferencia del primer hombre que conoció, éste le ofreció el cielo y la tierra, sus palabras eran envolventes, dulces, soñadoras, etc. y ella, sin pensarlo tanto, se casó con el joven. Al tiempo de haberse casado, la joven se dio cuenta que aquel hombre era tan perfecto, que no toleraba las imperfecciones de ella. Aunque la joven se esforzaba por agradarlo y darle todo lo que él demandaba de ella, siempre había algo en lo que ella fallaba. Esa situación que ella empezó a vivir la hizo sentirse fracasada en su interior, se dio cuenta que si ella cocinaba, él quedaba inconforme con la comida, si trataba de hablarle él siempre la corregía, y así pasaba en todo, la mujer no pudo llenarlo en nada. Pasaron los años y ella iba de mal en peor, aquella frustración se le convirtió en depresión, al punto que perdió las ganas de vivir. El príncipe del que un día se enamoró se convirtió en la pesadilla de su vida.

Como suele suceder en muchas de estas historias, a esta mujer casta y hermosa un día se le presentó la oportunidad de conocer a otro hombre, y en medio de su depresión, ella cayó en el pecado del adulterio, y no era que ya no amara a su príncipe azul, sino que la misma frustración la hizo caer en ese error. En el fondo ella buscaba una manera de sentirse bien, de sentirse libre, amada, etc. y creyó que estando con alguien diferente ella iba a conseguirlo. Pasó el tiempo y la mujer cayó en adulterio nuevamente, sólo que esta vez se entregó deliberadamente al pecado pero dicha historia se repitió muchas veces con diferentes hombres, de modo que se le hizo un vicio estar en amores con otros hombres, al punto de prostituirse. La mujer deseaba que su marido "perfecto" la abandonara, pero él por su lado nunca pensaba en esa opción. Cada vez que ella se iba con otro hombre, regresaba arrepentida, el marido la perdonaba e intentaban seguir adelante con el hogar. Como todo vicio, a los días la mujer nuevamente se iba con otro hombre, y se convirtió en un ciclo interminable.

El marido “perfecto”, a pesar de que su único problema era precisamente, el perfeccionismo, no era en nada como ella, muy por el contrario, él era un hombre de casa, no era aventurero como la mujer, él no andaba con otras mujeres, sino era recto, justo, hombre de una palabra, sabio, etc. Tal rectitud del marido sólo le traía a la mujer una acusación todavía mayor.

Con el paso de los años a aquella mujer le sucedió un milagro, y es que a su marido, que ni los años le habían borrado lo “elegante, saludable y muy bien parecido”, de repente le dio un paro cardíaco y se murió. Aquella mujer se conmovió al ver muerto a su marido, porque tal relación a esas alturas, a ella le causaba una gran cantidad de sentimientos encontrados. Por un lado ella se sentía frustrada por la forma “perfeccionista” de ser de su marido, pero por otro lado, ella también se decepcionaba de sí misma al ver quién era ella en comparación de su esposo y cuánto le había fallado. La muerte repentina de aquel hombre fue un choque para aquella mujer, sin embargo, ahora ella estaba libre de ese marido, era una viuda, con un grandísimo problema: Ella estaba tan arruinada exterior e interiormente, que ya nadie se fijaba en ella. En sus años de juventud le sobraron los amantes, pero ahora estaba muy deteriorada por el pecado y por los años que habían hecho estragos en su cuerpo.

La muerte de su marido no quitó el hecho de lo complicada que tenía la vida esta mujer, al contrario, ella se cuestionaba y se reprochaba que, por un lado, el marido le había hecho mucho daño a su persona, pero igualmente, a estas alturas de la vida ya no le quedaba nada por hacer, su pecado la había llevado al fracaso. La viudez le vino a quitar la mitad de su problema, sin embargo, la otra mitad del problema seguía presente, porque el problema era ella misma. El hombre, a la verdad, “de tan bueno que era”, llegó a ser un mal marido, pero ella también había sido una mala mujer, y esa parte seguía viva. Ahora estaba viuda, sola, acabada y vieja.

En esos días, volvió a aparecer el primer pretendiente que ella tuvo, aquel que no le llamó la atención cuando era una jovencita por su aspecto físico, que era de poca presencia, y su hablar tosco. Aquel hombre volvió a decirle las mismas palabras: *“no te ofrezco dinero, ni lujos, ni palabras románticas, sino lo único que tengo para darte es mi vida”* y le dijo que si ella lo aceptaba, le daría su vida y así sería feliz por el resto de sus días. A pesar del estado en el que se encontraba aquella mujer, increíblemente le costó decidirse, le costó trabajo aceptar la propuesta de este hombre, pues, ella no entendía porqué aquel hombre se estaba fijando de nuevo en ella. Al final, al verse sola, desamparada, sin sustento, y con la necesidad de ser amada, aceptó a aquel hombre como su marido. Y el final de aquella historia es que fueron felices para siempre.

Quiero que recuerde los detalles de esta historia, porque es una parábola que nos ha de dar un mensaje. Esa mujer somos nosotros mismos, su vida llena de fracasos refleja nuestra vida. Nosotros espiritualmente escogimos al marido equivocado, escogimos un marido que nos ofreció el cielo, sin embargo, ese camino nos llevó al fracaso. Nos pasó lo mismo que a Adán y Eva, despreciaron el fruto del árbol de la Vida, y escogieron comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, del cual Dios les había dicho que no comieran. Nosotros somos como esa joven incauta que pensó que aquel marido hermoso, apuesto, inteligente, etc. que es figura de la ley, habría de llevarla al éxito de su vida. A nosotros nos ha ido mal porque hemos ido en pos de la ley, hemos caminado en pos del conocimiento del bien y del mal, y hemos fracasado. Nos ha ido mal en la vida porque hemos querido ir en pos de nuestros propios éxitos.

Si usted joven, a su corta edad, ya empezó a sentir el fracaso de la vida, imagínese cómo va a estar cuando tenga treinta años más. Dice *Eclesiastés 12:1* **“Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento”**. Ahora joven, es un buen tiempo para tomar decisiones adecuadas, para no ir en pos de la fascinación como le pasó a esta mujer. Ahora que tienes fuerza, inteligencia, belleza y muchas virtudes de la juventud, no dejes que éstas te lleven al fracaso.

Así como a aquella joven le apareció un pretendiente sencillo, y sin muchas pretensiones, pero que le cambió por completo la vida, así a nosotros sólo hay uno que nos puede sacar del fracaso, es la persona de nuestro Señor Jesucristo. Yo creo que esta historia nos puede hablar mucho a nuestro corazón. Quiero decirte joven que Jesús es el que ha estado contigo siempre, el que te ha ofrecido silenciosamente la Vida que Él derramó en la cruz del Calvario. Tal vez muchos no lo creen, pero personalmente puedo testificarles que ha valido la pena aceptar a Jesús, quien me ha dado Su vida. En esta tierra el Señor Jesús no nos ofrece grandes riquezas, ni grandes proyectos, pero nos ofrece algo: Ser felices en nuestro interior, alcanzar a vivir una vida interior llena de paz, gozo y tranquilidad a través de Su Vida misma.

¡Amén!